



# CRÓNICA DE UNA GENERACIÓN ENGAÑADA Y ALGO MÁS

Per Begoña Nadal

La generación que nació alrededor de 1980 fuimos criados con la esperanza como bandera, con el esfuerzo como mejor arma y, creyendo en el ascensor social que rompía las murallas entre clases sociales.

Todo se desmoronó el 15 de septiembre de 2008 con la caída de Lehman Brothers, un banco de inversión en la lejana Nueva York. Su bancarrota destapó la negligencia en la toma de decisiones de las instituciones financieras, que concedían préstamos como quien reparte caramelos a los niños que se arremolinan alrededor, sin discriminación, sin criterios de idoneidad para su aprobación, a todos. Los créditos no se podían devolver, ni de empresas ni de personas físicas. Las empresas empezaron con sus despidos masivos en forma de ERE, el poder adquisitivo se destruyó y sin consumidores no hay productos ni servicios que crear o dar. Un bucle catastrófico se cernía sobre el mundo.

Yo vivía en Tàrrega, Lleida, en aquella época, con mi pareja y mis dos hijos de dos y cuatro años. Éramos una familia joven que, después de varias mudanzas en busca de trabajo, por fin había encontrado su lugar en el mundo. Mi marido trabajaba en la empresa INDOX. Entró a través de una ETT y a los dos años ya era encargado. Sus ingresos empezaron a permitirnos ahorrar y casi rozábamos los sueños de comprar una vivienda y disfrutar de vacaciones en verano. Podíamos sentirlo en las yemas de los dedos y en el brillo de nuestras miradas.

En 2007, un mes antes de su prometido contrato fijo, cuando esas palabras aún tenían un sentido, un ERE se llevó el trabajo y, con él, los sueños se convirtieron en vividas pesadillas. No éramos los únicos que lo pasábamos mal, pero el maquiavélico eslogan capitalista de que cualquiera puede conseguir



cualquier cosa si lo quiere de corazón estaba instalado en nosotros como en la mayoría. ¿Por qué nosotros no lo lográbamos?, pensábamos muchos escondidos en la soledad que nos privaba de tener una perspectiva real de la situación.

La crisis mundial arrasó la economía y el alma de muchos. Un estudio publicado el 18 de septiembre de 2013 en el *British Journal* afirmaba que la tasa global de suicidios en hombres aumentó en 2009 un 3,3%, 5.000 suicidios masculinos más en todos los países analizados. Los autores vincularon directamente estos hechos con el aumento del 37% en el desempleo y la caída del PIB per cápita un 3%. Recuerdo el ambiente oscuro de aquellos primeros años en los que el sentimiento individual de fracaso calló muchas bocas, tantas, que la queja se postergó hasta el famoso 15 M de 2011. La maldita creencia de que todo se puede conseguir con esfuerzo individual sacó a relucir el otro filo del arma, la enfermedad mortal que es la culpabilidad.

Han pasado dieciséis años y una mudanza más en 2012, a la ciudad de Ripollet en la provincia de Barcelona, que se encuentra pegadita a la gran urbe y a todas sus posibilidades. Nos mudamos aquí con mi hermana mayor, que también es mi inseparable amiga del alma. Su hijo, Pablo, nació un año después de instalarnos en Ripollet, un precioso bebé de 3,6 kg, con abundante pelo ensortijado y muchísimo amor para repartir entre familia y amigos.

Ahora, las dos pasamos de los cuarenta, sabemos que la vida es dura y complicada, que el éxito no se regala a la gente por el mero hecho de esforzarse al máximo y que no hay que apoyarse demasiado en el optimismo, que hay que encontrarle las patas justas al gato. La frase hecha “tener más miedo que siete viejas juntas” cobra ahora un sentido especial. No es miedo, es conocimiento de la vida por experiencia, es precaución, el ser vieja, o sea, mujer que ha vivido, y posiblemente, ha sido también madre, te da un bagaje que te hace meditar mucho tus acciones antes de emprenderlas. Con esta actitud ante la vida hicimos, mi hermana y yo, el pacto de vivir siempre cerca, aquí, en Ripollet. Nos apoyamos en todo lo que podemos y disfrutamos de ver crecer a nuestros hijos y sobrinos juntos.



Me gustaría decir que todos fuimos felices y comimos perdices, y despedirme aquí, pero no, la vida también me ha enseñado que las cosas no necesariamente tienen que ir a mejor.

En España, y en todo el mundo occidental, tenemos un problemilla con la vivienda. Los alquileres han subido tanto que ni se pueden ver. De hecho, desaparecen. En 2012, alquilamos un ático con cuatro habitaciones y dos baños, amueblado, por 640 €. Lo elegimos de entre decenas de ofertas, no tuvimos que presentar más que nuestras ganas de vivir allí. En este momento, 2024, estamos pagando por un piso con esas mismas condiciones 898 €, y tuvimos que presentar nóminas y competir por él. Lo conseguimos en 2020.

Mi hermana, que ha luchado con uñas y dientes para sacar adelante a su familia monomarental, se encontró en enero de 2024 con lo que todo inquilino teme: su casero necesita el piso para el 1 de julio de ese mismo año. Sabíamos que el mercado inmobiliario había empeorado, pero lo que nos encontramos no podíamos ni imaginarlo.

Las agencias inmobiliarias de Ripollet se quejaban de que no les entraban alquileres y nos decían que les dejáramos un número de teléfono por si acaso. No nos llamaron ni una vez. Los portales inmobiliarios en internet como Idealista, Habitaclia, Fotocasa y demás, anunciaban pisos con precios imposibles, superando los mil euros.

El frío y la oscuridad invernal fueron dejando paso a las tardes templadas de parque, con mi sobrino jugando durante horas a fútbol mientras mi hermana y yo diseñábamos nuevas estrategias para aumentar la eficacia en la búsqueda del hogar que no llegaba. Sabíamos que este año la llegada del calor no era sinónimo de días de playa, sino de ansiedad por una mudanza no deseada.

Mi hermana, desesperada por no encontrar nada aun ampliando el radio de acción a municipios a una distancia tolerable, decidió hacer la búsqueda con el criterio de rango de precio, de 500 a 550 €, y como localización, toda Cataluña. Las únicas zonas que cumplían con esos parámetros fueron ciertas áreas de la provincia de Lleida y una de Tarragona que está pegada a la provincia de



Teruel. En la zona de Manresa, en la que en algún momento aparecía algún piso, solían ser anuncios falsos. En las conversaciones con varias inmobiliarias nos explicaron que estaban dejando de llevar alquileres. Parecía que el mercado de alquiler se desvanecía engullido por la especulación, los alquileres vacacionales, el miedo de los propietarios a los ocupas...

La vida es a veces extrañamente cíclica. Se mudaron a Tàrrega a principios de julio y desde entonces puedo contar las veces que nos hemos visto con los dedos de una mano. Ahora viven en una casita de piedra de 90 m2 repartidos en cuatro pisos en el centro de la ciudad con una renta mensual de 475 €. Hubo que lucharla, vimos otros pisos además de esta casa, y nos comentaban que ya se empezaba a notar que la gente de Barcelona iba llegando, creando mucha más presión sobre cada piso que salía en alquiler. Pidieron todo tipo de documentos que acreditaran la solvencia de mi hermana y parecía que había que pasar un casting de simpatía cada vez que se iba a visitar una vivienda. Qué lejos quedan aquellos tiempos en los que la sensación era la inversa, en la que las familias elegíamos el piso que más nos gustaba y se adaptaba a nuestras necesidades. Era el piso quien pasaba el casting, no los inquilinos.

A lo largo de mi vida he visto como se degradaba la cantidad y calidad del empleo, y ahora, asisto a cómo se vuelve imposible el mercado del alquiler, la vivienda del que no puede comprar. ¿Qué queda entonces para esos millones de personas?

Engañada por el curso de la historia, mi generación, sobrevive en un mundo ajeno, que no reconoce como su futuro. Intentamos adaptarnos, pero a los que caímos del lado del tanto por ciento empobrecido necesario para justificar esta crisis que se ha convertido en la nueva realidad, se nos revuelven las entrañas.

En este punto, en el que algunos de nuestros hijos empiezan a llegar a la adultez, vemos como nuestro drama generacional se queda pequeño, casi diminuto ante la aplastante realidad que dejamos a esta nueva generación que abre su época adulta en un clima de alarma mundial extrema que golpea desde diversos frentes. Una nueva pregunta germina en mi interior, abriéndose paso



**Diputació  
Barcelona**

| *Xarxa de Biblioteques  
Municipals*

entre las tinieblas del maquillaje de los medios de comunicación y la capa de invisibilidad de la realidad, que es la omnipresente publicidad de los valores actuales. ¿Qué harán ellos? ¿Qué harán nuestros hijos?